

*Azorín ante Cervantes:  
Un viaje por La Mancha (1905)  
y «Un libro de melancolía» (1948).*

*José María MARTÍNEZ CACHERO*

Nuestro escritor, que ha trabajado sin desmayo, impone su nombre en la república de las letras con los libros narrativos de 1902 y 1903 (*La voluntad* y *Antonio Azorín*), sus primeras obras importantes con las que contribuye, desde su modo de entender y hacer novela, al nuevo, joven y revolucionario sesgo del género entre nosotros que tiene en el año 1902 un hito decisivo. Ocurre igualmente que a aquellos periódicos finiseculares tan de combate y a aquellos artículos suyos en bastantes ocasiones demoleedores, suceden otros periódicos más conservadores (entiéndase este vocablo desprovisto de connotaciones políticas inmediatas y concretas) como *España*, que dirigía Manuel Troyano y donde (número 8: 28-I-1904) empezó Martínez Ruiz a emplear el seudónimo «Azorín» o, al año siguiente, *ABC*, y unas colaboraciones cuyo acento expresivo se distingue por la levedad y la melancolía, a las que se añaden un amable escepticismo y una cierta carga irónica; no se trata (a mi ver) de escapismo, sino más bien de marcar distancias respecto del hiriente tráfago cotidiano y, también, de adelantar en el cultivo de un estilo muy distintivo y, al fin, encontrado. ¿Ha llegado la hora de que fuese revelado sin ambages aquel su «corazón de oro» y aquella inteligencia suya «clara y noble» que «Clarín» adivinaba como existentes en el autor de *Charivari*? ¿está ya en el final del camino, llegando acaso a la cima de «lo puro, sencillo e intenso» (como calificara su arte Rubén Darío) aquel Martínez Ruiz que había comenzado «violento y de combate»?

Pese a tanta actividad le faltaba a nuestro periodista-escritor escalar lo que él mismo llama (y entonces así era considerada) «la cumbre», esto es: el diario *El Imparcial*, en donde tiempo atrás había intentado entrar, sin éxito a pesar de la ayuda de Leopoldo Alas. Será en este año de gracia de 1905 cuando el deseo se haga realidad con la invitación de Ortega Munilla para que Azorín viaje por y escriba sobre la Mancha de don Quijote. A pulso (es decir: gracias a mucho

y sostenido esfuerzo) fue Martínez Ruiz, «Azorín», situándose en nuestras letras de principios de siglo, en unos años no poco conflictivos por la presencia y el choque de tendencias muy diversas. A los títulos ya invocados siguieron otros (*Las confesiones de un pequeño filósofo*, 1904, por ejemplo) hasta llegar a 1905, que fue año movido para nuestro escritor, pues en su transcurso coincidieron algunos viajes por España —la Mancha, Andalucía, algunos balnearios de las provincias del norte— y otro a París, enviado por *ABC* como cronista del viaje de Alfonso XIII, más la publicación de dos nuevos libros —*Los pueblos*, *La ruta de Don Quijote*— de gentes, costumbres y paisajes españoles en los cuales queda bien dibujada y asentada la imagen azoriniana, tan distintiva, de la provincia (entendido el término «provincia» muy ampliamente: desde casi la aldea hasta la pequeña ciudad capitalina) e, igualmente, su práctica de lo que Unamuno llamaría la intrahistoria, al tiempo que se acendra y afirma, ya que ambos volúmenes ofrecen cumplida muestra del mismo, un estilo expresivo.

### EL AÑO LITERARIO ESPAÑOL DE 1905

1905 fue un año importante en la historia de nuestras letras, que estaban conociendo el nacimiento de la modernidad, ciertamente no sin esfuerzo, ya que tendencias y generaciones hartamente diversas —en suma, gente vieja y gente nueva, como solía decirse— coexistían enfrentadas. Del mismo modo que los llamados con el tiempo noventayochistas iban abriéndose camino e imponiéndose, los modernistas, sus compañeros y amigos, venciendo obstáculos y hostilidades abundantes, se batían victoriosos contra los últimos supervivientes de la poesía postromántica y acaso 1905 —con el discurso académico de Emilio Ferrari y sus consecuencias— sea decisivo a este respecto. De todos los hechos que pudieran mencionarse, aquí, tal vez, el más detonante y significativo sea la actitud ante el anunciado homenaje nacional a Echegaray por su medio premio Nobel de la juventud literaria, que publicó un breve escrito-manifiesto (¿fue Azorín su redactor?), explicando su discrepancia —«sin discutir ahora la personalidad literaria de don José Echegaray, hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros y nuestras admiraciones muy distintas»—; fue ésta la única voz discordante en el coro unánime y, por lo mismo, silenciada en buena parte de la prensa que, por el contrario, llenaba sus páginas con noticias de los preparativos y de las adhesiones recibidas, o de los actos celebrados el domingo 19 de marzo. Noventayochistas y modernistas militantes junto a escritores independientes (o de difícil adscripción a un determinado grupo), todos ellos jóvenes en edad y en estética, suscribían esa protesta, cuyo senti-

do último (según declaración de los firmantes) era prestar apoyo al teatro de Jacinto Benavente.

La generación que tuvo espacio literario propio más o menos coincidente con el tiempo histórico de la Restauración cano vista (digamos desde la década de los 70 hasta 1898), había cumplido su misión, brillantemente en ciertos casos y géneros, y a la altura cronológica en que ahora nos encontramos algunos de sus miembros habían desaparecido físicamente (en 1905 fallecerían Valera y Federico Balart), otros permanecían silenciosos y decaídos en su capacidad creadora, y sólo unos muy contados —Galdós a la cabeza, metido en la desigual aventura de su teatro— se mantenían, además de vivos, activos. No para todos los que eran por imperativo de la edad gente vieja tuvo la gente nueva olvido o menosprecio, pues (para continuar ilustrando con Galdós) si resultaba cierta la existencia de un ambiente poco propicio a don Benito (que sería el «garbancero» para Valle-Inclán), ambiente percibido por Ramón Pérez de Ayala a su llegada a Madrid, no fue menor el interés que por su *Electra* mostraron, en 1901, los jóvenes Maeztu y Martínez Ruiz como, asimismo, el hecho de que para lanzar en 1905 una revista literaria informativa y crítica, no enfeudada a capillas o banderías, se pensara en Galdós como en el más eficaz aglutinador de personas y tendencias, y por eso figura al frente de su comité de redacción y firma en el número primero de *La República de las Letras* (que tal fue su nombre) el artículo de presentación.

En el año literario español de 1905 fue acontecimiento notorio el tricentenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* que (como en el caso del homenaje a Echegaray) motivó fiestas cívicas y académicas e, igualmente, buen número de publicaciones de asunto quijotesco-cervantino, desiguales en extensión, novedad y mérito; la iniciativa de la conmemoración había sido del periodista Mariano de Cavia quien, además, siguió atentamente la marcha de tales publicaciones, entre las que cuenta el libro azoriniano que va a ocuparnos.

Hubo en esa conmemoración una voz discordante, ahora sólo noventayochista e individual: la de Ramiro de Maeztu, consecuencia de que «por aquellos años yo escribía encendido por un espíritu que me llevaba a buscar en el pasado [español] la causa de los males presentes»; el *Quijote* podía ser perfectamente culpable y culpado, ya que resultaba para Maeztu un libro «decadente» y hasta pernicioso en cuanto que «el amor sin fuerza [y es el caso del protagonista] no puede mover nada, y para medir bien la propia fuerza nos hará falta ver las cosas como son. [...] Tomar los molinos por gigantes no es meramente una alucinación, sino un pe-

cado». Las afirmaciones (negaciones, mejor) de Maeztu produjeron «un criterio hostil», pero los preparativos de los festejos prosiguieron sin mayor alteración.

Si el caso de Maeztu resultó, por más llamativo, escandaloso, cabe decir que la actitud de algunos compañeros de generación tampoco podía tenerse por muy ortodoxa respecto de lo que pudiera pasar como cervantismo oficial o académico; no tardando mucho (y sirva este ejemplo de ilustración pertinente), las estampas manchegas de Azorín en *La ruta de Don Quijote* serían valoradas por el cervantista y académico Francisco Rodríguez Marín como «tentativas baladíes en que no hay ni pizca de cervantismo». Tampoco la atención de Unamuno hacia el inmortal libro, expresada elocuentemente en el mismo 1905 con su *Vida de don Quijote y Sancho*, más afecto su autor al personaje (o a la pareja de personajes protagonistas) que a su inventor (con otras palabras: más qui jotismo que cervantismo), discurre por los cauces consabidos de lo oficial y erudito. Diríase que cualquier ocasión sirve a los escritores llamados noventayochistas para mostrar discrepancia y ruptura.

Por lo que se refiere a Azorín, hemos de admitir que, aunque buen conocedor del *Quijote* y también de algunas vicisitudes eruditas en torno al libro y al autor, su intención es bien distinta a la de los profesionales del cervantismo y —en cuanto a *La ruta ...*— su deseo no fue otro que salir de la especulación abstracta y establecer contacto directo con la realidad física y humana de una comarca inmortalizada literariamente; lo apuntan estas palabras suyas:

En general los comentaristas del *Quijote* adolecen de trabajar en lo abstracto; pecan de aficionados en demasía a los libros, papeles, documentos... ya lo que otros eruditos han dicho antes que ellos. El *Quijote* es un libro de realidad; la Mancha, principalmente, es el campo de acción de esta novela. En la Mancha hay ahora paisajes, pueblos, aldeas, calles, tipos de labriegos y de hidalgos casi lo mismo —por no decir lo mismo— que en tiempos de Cervantes.

## LA LITERATURA NOVENTAYOCHISTA DE VIAJES POR ESPAÑA

En el cuarto y último de sus artículos acerca de «La generación de 1898» señalaba Azorín, entre otros rasgos característicos de ella, los dos siguientes: «La generación de 1898 ama los viejos pueblos y el paisaje; [...] se esfuerza, en fin, en acercarse a la realidad y en desarticular el idioma, en agudizarlo, en aportar a él viejas palabras, plásticas palabras, con objeto de aprisionar menuda y fuertemente esa realidad», para cuya eficaz realización no había otro medio que echarse a recorrer los caminos de España. En relación con semejantes preten-

siones estaba también el propósito de dar cumplida réplica a tantos viajeros foráneos que a lo largo del siglo XIX nos habían visitado y, después, habían escrito deformada e incompletamente sobre lo que habían visto; viajeros románticos y de años posteriores, de diferentes nacionalidades y, por desgracia, no tan atendible su testimonio como lo fuera el famoso *Viaje a España* de Teófilo Gautier, libro que (según Azorín) «ayudó a la juventud de 1898 a ver el paisaje de España», dado que «en lo que toca a la interpretación poética del paisaje, difícilmente será superado nunca, porque la geografía física de la Península no está contada allí, sino vista, con visión absorta, desinteresada y esplendente». Noble afán patriótico, pues, el que anima a nuestros viajeros noventayochistas, de los cuales acaso fue Azorín uno de los que recorrió más tierra española y, desde luego, quien más ampliamente teorizó acerca de dicha modalidad literaria.

Según el recuento ofrecido por Cruz Rueda, es en el bienio 1904-1905 donde se datan las primeras señales del interés azoriniano por Cervantes y su obra. Son dos artículos publicados en el diario *España*, uno de los cuales —el título «Un loco»— anuncia en cierto modo los capítulos argamasillescos de *La ruta ...*; de 1905 son los trabajos «Génesis del Quijote» (respuesta a un encargo editorial) y «El caballero del Verde Gabán» (su colaboración en la velada que celebró el Ateneo madrileño en el mes de abril). Fue entonces cuando nuestro escritor recibió de *El Imparcial* (de su director José Ortega Munilla) el encargo de viajar por la Mancha de don Quijote:

Va usted primero, naturalmente, a Argamasilla de Alba. De Argamasilla creo que se debe usted alargar las lagunas de Ruidera. Y como la cueva de Montecosinos está cerca, baja usted a la cueva. ¿No se atreverá usted? No estará muy profunda. Y, ¿dónde cree usted que ha de ir después? Y, ¿cómo va usted a hacer el viaje? No olvide los molinos de viento. Ni El Toboso. ¿Ha estado usted en El Toboso alguna vez? ¡Ah, antes que se me olvide! // Y diciendo esto, don José Ortega Munilla abre un cajón, saca de él un revólver chiquito y lo pone en mis manos. Le miro atónito. No sé lo que decirle. // No le extraña a usted —me dice el maestro—. No sabemos lo que puede pasar. Va usted a viajar solo por campos y montañas. En todo viajar hay una legua de mal camino. Y ahí tiene usted ese chisme, por lo que pueda tronar.

La primera de las crónicas azorinianas (que su autor escribe «con lápiz» y remite desde los lugares visitados) se inserta en la página uno (columnas tres y cuatro) del número 13.626 de *El Imparcial*, correspondiente al sábado 4 de marzo; se titula (como posteriormente el capítulo con que se abre el libro) «La partida» y su texto va precedido de la siguiente breve presentación: «El notable escritor Azo-

rín colabora desde hoy en las columnas de *El Imparcial*. Hoy sale de Madrid para describir el itinerario de Don Quijote en una serie de artículos, que seguramente aumentarán la nombradía del original humorista».

Son quince inserciones (otros tantos capítulos en el libro) y la última (titulada «La exaltación española»), cuya condición de cierre o remate de la serie no consta explícitamente, aparece con fecha 25 de marzo (número 13.647). Muy pocos días después, una vez regresado a Madrid, Azorín salió, enviado también por *El Imparcial* que venía preocupándose destacadamente por la situación de miseria allí existente, para Andalucía y a partir del 3 de abril comienza la publicación de sus artículos, cinco en total, sobre «La Andalucía trágica».

El viaje por la Mancha resultó de lo más tranquilo (aunque el viajero sufriese alguna de las incomodidades propias del caso) y en ningún momento (que sepamos) fue necesario utilizar el revólver; su recorrido debió de coincidir muy aproximadamente con el que va saliendo crónica a crónica, y la duración del mismo pudo ser de unos quince días. Según la hipótesis formulada por la doctora Josefina Rojo Ovies (en su tesis doctoral, inédita, sobre los viajes por España de los escritores de la generación del 98) debió de pasar de tres a siete días en Argamasilla, un día en Puerto Lápice, con veinte horas de carro entre la ida y la vuelta; varios días en Criptana, quizá tres; probablemente otros dos o tres en El Toboso y dos en Alcázar de San Juan.

No mucho después de la inserción de las crónicas en *El Imparcial*, el editor Leonardo Williams sacó la primera edición en volumen.

Treinta años después de haber hecho este viaje manchego recordaría Azorín, junto a otros pormenores, su estado de ánimo y la parquedad del mantenimiento durante aquellas jornadas: «Teníamos paz y alegría. Nuestro mantenimiento era sobrio. Salíamos por la mañana y sólo llevábamos para la comida del mediodía pan, buen pan manchego, y queso, buen queso manchego, queso que no tiene rival en el mundo. Y no comíamos otra cosa. Y no sentíamos apetencia de nada más. Con el paisaje de la Mancha nos sobraba [...]».

#### *La ruta de Don Quijote, ruta literaria.*

Adelantemos que los lugares visitados y contemplados por el escritor del siglo XX no son ni mucho menos todos los que Cervantes hizo recorrer a su héroe.

El lector de *La ruta...* puede establecer sin mayores dificultades el itinerario seguido por Azorín, cuando menos en sus hitos más notorios. De la pensión madrileña que regenta doña Isabel y en la que reside el escritor, sale éste para la estación del Mediodía, donde toma un tren que le lleva a la de Cinco Casas, pasando (sin detenerse ahora) por Alcázar de San Juan. Desde Cinco Casas va, en diligencia, «tras largo caminar», a Argamasilla de Alba, donde el viajero se detendrá algún tiempo como hacen suponer muy verosímilmente los cinco capítulos —del segundo al sexto— que dedica a esta «villa ilustre» y las abundantes y diversas noticias que de la misma ofrece, amplitud que se explica además porque para Azorín diríase constituye verdad cierta que era Argamasilla (y no otro) el lugar de la Mancha donde vivía Don Quijote y de cuyo nombre no quería acordarse Cervantes; la fonda de la Xantipa (o Jantipa) será en Argamasilla albergue para el visitante, deseoso de conocer historias y tradiciones, gentes y ambientes que ayudan a completar su imagen de los pueblos de España. Téngase en cuenta, asimismo, que Azorín parte de Argamasilla para visitar otros lugares manchegos próximos —Puerto Lápiche o Lápice, por ejemplo (capítulo séptimo)—, ya Argamasilla regresa. El camino a Puerto Lápice, supuesto emplazamiento de la primera venta que sale en el *Quijote*, lo hizo en carro y en el trayecto pasó por Villarta (de San Juan), «un pueblo blanco» atravesado hoy por la carretera nacional de Madrid a Andalucía; son las dos de la tarde y faltan tres horas para que concluya una jornada viajera comenzada a las siete de la mañana; Manzanares y los lejanos montes de Villarrubia son indicaciones toponímicas presentes en este recorrido. En Puerto Lápice se hospeda el viajero en la posada de Higinio Mascaraque para, al día siguiente (por la mañana), visitar lo que queda de dicha venta y volver, luego de otras diez horas de viaje, a Argamasilla, su cuartel general.

Con el capítulo noveno, camino ya de las lagunas de Ruidera, el viajero abandona Argamasilla y da fin así al conjunto de capítulos que tenían a este lugar como núcleo de la acción; otras localidades manchegas, también con recuerdos quijotescos, vendrán a sustituirlo, menos extensamente.

El carro (una vez más); el rocín, después; andando, finalmente, son los medios de transporte utilizados por el viajero desde Argamasilla hasta Ruidera —capítulo noveno: ocho horas de recorrido—, donde hace noche y descansa para, a la mañana, «aún velado el cielo por los celajes de la aurora», seguir, acompañado por un guía, unas dos leguas de distancia, a la que se dice fue la cueva de Montesinos.

Los capítulos once a catorce inclusive se refieren a dos localidades de la Mancha que, por tiempo y extensión más bien cortos —presumiblemente dos o tres

días en cada una y un par de capítulos en cada caso—, se convierten en núcleo de la acción: se trata de Criptana (con sus molinos de viento) —capítulos once y doce— y de El Toboso (con la presunta casa de Dulcinea) —capítulos trece y catorce—. A Criptana ha llegado el viajero en tren, y los amigos que hace en esta villa —los que llamaría «Sanchos de Criptana»— le llevarán después, en galera, a la ermita del Cristo de Villajos; de Criptana a El Toboso había unas tres horas de mal camino, «dando tumbos», en carro, y era ya el crepúsculo cuando Azorín llegó al pueblo de Dulcinea. Ambas estancias sirven a nuestro escritor para corroborar (respecto a ambientes, gentes y costumbres) cosas y cosas ya advertidas en Argamasilla como, por ejemplo, la existencia de un grupo de hidalgos letrados, muy celosos en la defensa de su pueblo natal y de los recuerdos cervantinos y quijotescos del mismo: son los Sanchos de Criptana y los miguelistas de El Toboso, como antes habían sido los académicos de Argamasilla.

El viaje de Azorín se remata en Alcázar de San Juan, localidad a la que llama «capital geográfica de la Mancha», lugar bien a propósito para «echar la llave» de sus correrías; desde aquí el tren le llevará a Madrid.

La cordialidad de todas las gentes que encontró el viajero, altas y bajas social y culturalmente, pues unos son los doctos hidalgos de Argamasilla, Criptana y El Toboso y otros, los dueños y servidores de los hospedajes o los compañeros de viaje, atenúa los rigores y dificultades del mismo, incomodidades que ponen a prueba el temple de quien las sufre y vence.

Es evidente que los lugares mencionados, pertenecientes todos ellos a La Mancha, de la provincia de Ciudad Real (con excepción de la cueva de Montesinos, ya en la de Albacete), son nada más que una pequeña parte de los «que don Quijote recorriera»; el lector de este libro que también lo haya sido del escrito por Cervantes echará de menos la ruta aragonesa y la catalana de su protagonista. ¿Por qué un viaje tan corto en el recorrido y tan breve en el tiempo empleado?: ¿urgía, por ejemplo, le urgía al periódico que Azorín, su enviado, se desplazara sin tardanza (como así ocurrió) a Andalucía? Lo cierto es que, junto a esa incompletez, hay también reducción en lo que se refiere a La Mancha recorrida por don Quijote y, finalmente, muestra *La ruta...* algunas carencias o insuficiencias paisajísticas. Ocurre así que las lagunas de Ruidera tienen una referencia de tres a cuatro líneas solamente, y de dos a tres, la aldea de Ruidera, extensión análoga (en ambos casos) a la concedida (en el mismo capítulo noveno) al castillo de Peñarroya que no encierra ningún recorrido quijotesco. Pero el autor de *La ruta...* tenía su estrategia para la vieja composición del libro y con-



viene no enmendarle la plana. Este viaje azoriniano, y consiguientemente el fruto literario del mismo, estuvo condicionado por la presencia constante, no de la tierra visitada y de sus gentes, sino de un héroe literario, protagonista de un libro ajeno y de otro tiempo que dio renombre a su pequeña patria, La Mancha. Diríase a veces que Azorín ha emprendido esa tarea nada más que para reforzar en sí mismo y en sus posibles lectores el interés por el ingenioso hidalgo, pues «sólo recorriendo estas llanuras [...] es como se acaba de amar [...] esta figura dolorosa» (capítulo séptimo). Ocurre también que el libro de Cervantes sirve, a más de referencia inexcusable, de materia propicia para llenar el vacío o animar la monotonía que parecen producirse en una marcha donde el viajero, a su paso, no encuentra personas con las que conversar ni objetos que describir.

Una variedad de lugares relacionados (en más o en menos) con el personaje creado por Cervantes; lugares pequeños en número de habitantes, sólo villas e incluso aldeas, perdidos casi en el mapa, de acceso no fácil muchos, más bien abandonados y hasta ruinosos, con una historia a cuestas que es a veces pesado lastre (El Toboso podría servir de ejemplo). Sus pobladores actuales parecen dividirse para el viajero Azorín en gente del pueblo relativamente acomodada, que (como la Xantipa o Higinio Mascaraque) tienen un medio de vida propio, y no acomodada —pensemos en los carreros que le acompañan y guían—; con ellos conviven otras personas de mayor fuste profesional o cultural —don José Antonio, el médico de Puerto Lápice, y los hidalgos que mantienen el culto a Cervantes y a su héroe. Junto a la individualidad con que es presentada la mayor parte de los personajes de *La ruta...*, encontramos la presentación de los integrantes de esos tres grupos de hidalgos antes invocados: los académicos de Argamasilla, los Sanchos de Criptana, los miguelistas de El Toboso.

No es precisamente la alegría jocunda lo que prevalece en ese territorio físico (y más que físico) acotado por Azorín en *La ruta ...* No pueden producirla hechos como los ocurridos en Argamasilla con su iglesia inacabada (en el siglo XVI), o el canal (siglo XVIII), o el ferrocarril (siglo XIX); ni, tampoco, la sensación de ruina irremediable que el viajero experimenta en el renombrado lugar de El Toboso que es un pueblo «vetusto, muerto» y, acaso por ello, un pueblo donde se extrema el habitual silencio de La Mancha. Hay aquí (tal como escribe Azorín) «una condensación, como una síntesis de toda *la tristeza de la Mancha*» (subrayo) y la figura «lenta» de un hidalgo «viejo», única y desvaída presencia humana en este capítulo (el trece), corrobora, al cerrarlo, esa sensación.

Echa mano el autor de *La ruta...*, breve y esporádicamente, de la ironía, presente ya en palabras que dice el viajero, ya en apartes que hace cuando, por ejemplo, conversa (capítulo catorce) con algunos de esos hidalgos, a veces tan pueblerinamente entercados en sus opiniones cervantinas; pero la presencia irónica, de tan leve, casi imperceptible, no supone rebajamiento o atenuación considerable de la melancolía.

Pese a conversaciones como la antes aludida, *La ruta...* es (como cabía esperar de su autor) un libro más bien de silencios, pues parece lo imponen tanto el paisaje natural como el urbano. Así ocurre camino de la cueva de Montesinos, cuando «reina un denso silencio», roto solamente por la trepidación tan callada como «el abaniqueo súbito y ruidoso de una perdiz que salta»; o, reforzando la sensación de ruina y abandono, diríase que en El Toboso (capítulo trece) se oye el silencio: «No percibís ni el más leve rumor: ni el retumbar de un carro, ni el ladrido de un perro, ni el cacareo lejano y metálico de un gallo».

El paisaje, ofrecido con relativa abundancia en los capítulos de *La ruta...*, constituye, junto con el retrato externo de algunas personas y la pintura de algunos interiores, material propicio para los pasajes descriptivos del libro, en los cuales quedan patentes la precisión y el orden en las menciones; ya se ha soltado Azorín de la acumulación no selectiva del naturalismo para adherirse a la técnica impresionista que supone una libre y significativa selección de pormenores.

Narración, también, v. g., de los preparativos del viaje que, en ocasiones, se completa y anima con el empleo del diálogo, muy a la manera azoriniana éste, a saber: suma concisión en las intervenciones de los interlocutores, igualdad en la importancia a éstos concedida, cierta insistencia reiterativa en lo hablado, lo cual lentifica la marcha de la conversación. Bastante más información que la ofrecida por medio del diálogo brindan aquellos párrafos en los que el autor recurre a la historia que fue, o medita atraído por el paisaje que contempla o por el recuerdo de alguna aventura quijotesca.

¿Ha cumplido el autor de este libro su anunciado propósito de «contar, punto por punto, sin omisiones, sin efectos, sin lirismos, todo cuanto hago y veo» (capítulo séptimo). Párrafos atrás quedó constancia de cómo el lector puede advertir algunas omisiones y brevísimas menciones de realidades con las que el viajero-autor hubo de encontrarse en su camino, pero verdad fue el resto de tal propósito, pues de ninguna retórica efectista o descaradamente lírica echó mano,

aunque lirismo de la mejor ley, callado y leve, aparece acá y allá. En más de una ocasión Azorín invoca explícitamente al lector para declararle sus intenciones, pedirle ayuda o invitarle a participar en el recorrido. Hay en todo momento (o en casi todos) un tono claramente personal y personalizado, patente en el insistido empleo de la primera persona del pronombre —«Yo me acerco a la puerta...» (capítulo primero), «y yo he subido ...» (capítulo séptimo), «yo he preguntado ...» (capítulo once), *et sic de caeteris*—, uso de sabor galicista reprochado a nuestro autor por algunos críticos, que parece da la sensación de una mayor inmediatez de quien escribe respecto de lo que escribe.

Fue *La ruta de don Quijote*, según parece deducirse de las ediciones y traducciones que obtuvo sin tardanza, libro de éxito aunque el docto cervantista Rodríguez Marín lo descalificara al considerar sus capítulos como «tentativas baladíes en que no hay ni pizca de cervantismo», lo que parece muy apasionada afirmación contra quien sería (andando los años) «el mejor crítico literario de la obra cervantina» (según afirmación de José María Valverde).

### CON PERMISO DE LOS CERVANTISTAS

Fue este libro, aparecido de mano de Biblioteca Nueva en 1948, una de las más brillantes contribuciones registradas al centenario cervantino de 1947, cuarto del nacimiento de Cervantes. La escritura de sus ciento ocho capítulos o artículos que lo integran data de entre 1944 y 1947, insertos buena parte en la prensa e inéditos algunos otros. Azorín lo caracteriza como «libro de melancolía» que observa las normas puestas en práctica por él respecto de sus libros de comentarios de nuestra literatura clásica, a saber: adhesión entrañable a Cervantes, conocimiento nada vulgar de su obra, uso de una singular erudición y brillante capacidad relacionadora, aliado todo eso a su fina sensibilidad. Gestado el libro a la altura de mil novecientos cuarenta y pico, no podía sustraerse al talante, humano y literario, del escritor entonces, cumplidos ya los setenta años y todavía con gran actividad, metido irremediablemente en la etapa última de su obra, la que en otra ocasión —en mi libro *Las novelas de Azorín* (Madrid, Ínsula)— llamé «Desasimiento» y «Crepúsculo». Sigue ahora un índice de cuestiones abordadas en sus páginas: 1. Vida de Cervantes; 2. Obra de Cervantes (las cosas en Cervantes); 3. Poesía de Cervantes; 4. Teatro de Cervantes; 5. Novelas cervantinas que no son el *Quijote*; 6. El *Quijote*; 7. El ingenioso hidalgo, protagonista; 8. El «*Quijote*» de Avellaneda; 9. Capacidad relacionante de Azorín; 10. El paso del tiempo; 11. Estilo. Final.

Incluiré en el primero de los antedichos apartados la apreciación global de la vida de Cervantes como una peripecia harto ajetreada, sin mayor asiento o sosiego: «toda su vida ha sido el camino»; con tres hechos «climáticos» en su transcurso, a saber: la muerte de don Juan de Austria, que le arrebató un amigo, valioso protector llegada la ocasión; la quiebra matrimonial, que debió de hacerle no poco infeliz; el auge de Lope de Vega, triunfador en el teatro, que privó a Cervantes de imponerse como dramaturgo. (¡Qué distinta suerte la suya si tales hechos, o alguno de ellos, no hubieran sucedido!)

En otro posible apartado «Obra» tendría cabida, a más de las referencias al Quijote, cuantitativamente numerosísimas, los comentarios a propósito de otros libros cervantinos que a veces, y en ambos casos, son nada más que apreciaciones de pasada. A uno y otros conviene, puesto que todos ellos serían documento útil para el caso, la propuesta azoriniana de confeccionar un diccionario de las cosas en Cervantes, habida cuenta de las muchas que en sus páginas aparecen, muestra inequívoca de su sensibilidad y, también, del alto grado de intimidad que con ellas tuvo. Principio nuestro repertorio por la poesía de Cervantes, cuyas composiciones elegíacas (como la dedicada al tránsito mortal de la reina Isabel de Valois) se distinguen por una «nota de delicadeza», que acaso haga contraste, como si fuese oro extremo de ese conjunto, con el soneto al túmulo de Felipe II, «sarcástico, esperpéntico, del más puro estilo Valle-Inclán» y «desde luego, inadecuado» a la vicisitud celebrada. Más de una vez resalta Azorín la capacidad dramática de Cervantes y puede que los entremeses cuenten con la preferencia azoriniana, y ello por razones como la fina psicología al presentar a sus heroínas; el predilecto entre los ocho es *El viejo celoso*, comparable a una comedia de Marivaux. De las novelas que no son el *Quijote* se ocupa también Azorín, y llama la atención que tan fervoroso de *Persiles y Sigismunda*, su eficaz reivindicador ante el común de los lectores, no le dedique ahora algún comentario; salen, sí, *La Galatea*, acaso el libro cervantino que mejor representa su condición de raro inventor, ya que «es un tejido tupido, denso, de aventuras», en detrimento del análisis psicológico y del medio físico, componentes menos atendidos; profusión de aventuras igualmente en *El amante liberal*, «la más prolija, la más desorientadora» de las *Ejemplares*, y elogio para *La señora Cornelia*, «lo más fino, lo más ático, que haya escrito Cervantes».

Resulta evidente la gran abundancia de glosas al *Quijote* en el libro azoriniano que nos ocupa: episodios, capítulos y personajes; la figura del protagonista; el Quijote de Avellaneda. Vayamos con orden.

El asunto del episodio de los galeotes —enfrentamiento del caballero con la autoridad— le parece a Azorín un asunto difícil, en cuyo planteamiento y desenlace «ha estado Cervantes temerario», por lo que en capítulos posteriores trató de justificarse, pero acaso importa más recordar la favorable opinión azoriniana sobre la calidad del mismo, pues «nunca ha escrito Cervantes ningún pasaje de su libro con tanta naturalidad, con tanta fluidez». Puede parecernos excesivo tal elogio, así de rotundamente formulado, pero páginas más adelante Azorín manifiesta agrado no menor ante los quince últimos capítulos de la segunda parte del *Quijote*, en los que está contenido «algo de lo más bello, de lo más poético, profundamente poético, que su autor escribiera nunca. Más violento que otra cosa es el trato que Cervantes, haciendo causa común con su héroe, dispensa al capellán de los duques, entrometido e inoportuno personaje, el de los «cinco *destos*» (como lo llama Azorín) porque su incriminación por Cervantes consta de cinco incisos, correspondientes a otras tantas características negativas, introducidas con la palabra *destos* («destos que gobiernan las casas de los príncipes», etc.).

Junto a éstos (y otros) personajes, el protagonista, tanto portavoz de sí mismo como adalid de un espíritu, el quijotismo, que Azorín define como «exceso en el desenvolvimiento de la personalidad» y la corrobora e ilustra en páginas posteriores cuando señala algunos de los excesos cometidos por el héroe cervantino: «combatir contra unos gigantes, contra unos ejércitos, contra unos yangüeses, contra otras muchas gentes enormemente superiores a sus fuerzas». En otro orden de cosas, don Quijote —como también Cervantes— es pueblo, puesto que del pueblo ha salido y aspira —también como Cervantes—, mediante su inteligencia, a elevarse a la más alta aristocracia del espíritu.

El cotejo entre Cervantes y Avellaneda (sus respectivos *Quijotes*) resulta en *Con permiso...* reiterada y claramente desfavorable para el segundo, con lo cual se incorpora Azorín a una opinión casi unánime, pero importan más los apoyos de una tal preferencia: a) el sentimiento de la naturaleza, quizá «lo que más hondamente [los] separa»; b) la zafiedad de Avellaneda, puesta de manifiesto en, v. g., «un conocimiento algo rudo, zafio [...] de la vida de los pueblos y del campo» y «un sentido de lo erótico, zafio también, grosero», c) nobleza frente a cominería («el tono de nobleza que tiene el verdadero *Quijote*» y del que carece su opositor. Con todo, este libro «curioso», nacido contra la obra de Cervantes, concebido como a remolque de ella, pudo ser causa de algún beneficio para su modelo, ya que los quince últimos capítulos escritos por Cervantes, una vez conocido el libro rival, son «algo de lo más bello, de lo más sereno, de lo más po-

ético» que éste compuso; ¿serían como son si no se hubiera interpuesto estímulo tan insólito?

Grande es y enriquecedora la capacidad relacionante de Azorín quien, llevado por sus muchas y variadas lecturas, gusta de establecer comparaciones y señalar paralelos por encima del tiempo y de la naturaleza de los aproximados. Un no completo recuento ofrece nombres como los de Péguy —que es pueblo como lo era Cervantes, pobre que siente la dignidad de la pobreza (lo mismo que Cervantes) y, última semejanza, prosista claro, natural y sencillo—; Flaubert —autor de otro Quijote en *Bouvard et Pecuchet*, que es «la apología de la comprensión», como el cervantino es «la apología del esfuerzo vital»—; Galdós —que creó nuevos quijotes en el drama *Amor y ciencia* (el doctor Guillermo Bruno) y en la novela *Nazarín* (el sacerdote Nazario Zaharín); que en *Miau* presenta una empobrecida familia, la del cesante Villamil, no muy distinta de lo que fueron el hogar y la familia de Cervantes—; Jacinto Octavio Picón y Pedro Antonio de Alarcón —que recogen en algunas de sus novelas (*Lázaro*, *Dulce y sabrosa*, *La pródiga*) el que debió de ser canon femenino en el siglo XIX, tal como Cervantes recogió el de su tiempo en *Las dos doncellas* y *El celoso extremeño*—; Federico Mistral —cuya *Mireya*, que es «un poema amoroso, unas geórgicas y una pastoral» diríase una *Galatea* trasplantada al XIX—; Zorrilla —escritor instintivo y por ello proclive a la improvisación y al descuido que, salvadas todas las distancias, quizá aquejaron a Cervantes, si es que en su obra creemos advertir «una como negligencia que es originada por el escribir fluida y ligeramente—. Curiosas, insólitas, inesperadas conjunciones éstas y otras que Azorín establece libérrimamente con el fin de enriquecer, saliéndose de lo consabido, las posibilidades de la lectura y con la intención, también, de acercar al lector actual lo que puede resultar demasiado lejano.

Cuando se publica *Con permiso de los cervantistas* Azorín ha entrado ya en la senectud y, si bien su actividad se mantiene muy viva, no ofrece novedades relevantes, como la que tiempo atrás supusiera la heterodoxa adscripción al superrealismo; conviene a este libro, y en realidad a toda la etapa literaria azoriniana en que se incluye, lo dicho en la página 95 del libro a propósito de Cervantes, que en su vejez «lega a una tenuidad admirable» y hace uso frecuente y acertado de estas dos cualidades: condensación, eliminación de superfluidades. La herida del tiempo, que pasa y deja huella irreparable en cosas y personas —el tema del Tiempo, en suma, casi una obsesión en Azorín—, es presentada de original manera en «Lo que no vio Cervantes», esto es: las transformaciones que poco después de su muerte sufrieron hábitos de la vida en su casa, gentes

de su entorno próximo, realidades del mismo («no existe tampoco una lanería en que Cervantes solía recalar alguna que otra vez») y, pasando de lo menudo e individual a lo nacional, Cervantes no ha visto, para fortuna suya, la consumación de la desgracia española con la derrota de Rocroi, que hubiera colmado de tristeza el alma del heroico soldado de Lepanto.

Ya en el prólogo del libro echamos de ver el uso por Azorín de vocablos poco sólitos —«pelgar», «drope», «zarramplín», «chuchumaco»—, como caracterización de su cervantismo, lo cual no constituye novedad en nuestro autor, siempre a la busca de la mayor precisión expresiva, pero sí acaso semejante acumulación, relativa además a sí mismo, que se me antoja rasgo irónico en quien conoce sobradamente cuál es su personal realidad. Continuando con el estilo externo del libro, repararíamos ahora en la abundancia de la interrogación que llena bastantes párrafos, interrogación retórica más que pregunta efectiva: en algunos casos, aseveración categórica (aunque no lo parezca) y, en otros, procedimiento para introducir variación en el ritmo del discurso; bastante a menudo, también, para cerrar el artículo dejando en el aire —espacio abierto a la sugerencia del lector— su conclusión. En estos artículos de ahora, a los que llama «comentarios cervantinos», se ha conducido como hombre de sensibilidad más que como hombre de erudición, si bien no hay que perder de vista su preparación erudita. Pedirá —irónicamente— permiso a los cervantistas profesionales para que le dejen tomar la pluma y escribir sobre su ídolo y, conciliador como de costumbre, postulará desde el mismo prólogo otra deseable y oportuna conjunción: la del cervantista psicólogo y el cervantista erudito.